

# Una extraña enfermedad

Natalia Ruiz Tovar

Siendo sincera, no recuerdo exactamente la fecha, creo que tenía tres o cuatro años. Todo empezó con fiebres altas y decaimiento súbito, mi madre se percató de que algo inusual me estaba sucediendo y al sentir que la fiebre no cedía, decidió llevarme de urgencia a la clínica. Mi papá también asistió pero un poco más tarde por cuestiones de trabajo.

Visualizo imágenes que llegan de repente, no sé si son correctas o son producto de mi imaginación que pretende jugar. Sin embargo, añadiendo todo lo que mis padres me han relatado a través de estos años, haré una corta descripción de aquella época.

Recuerdo estar acostada en una pequeña camilla en un cuarto muy iluminado, con una sábana de color blanco sobre mis piernas, medias rosadas calentando mis pies y el calor recorriendo cada centímetro de mi cuerpo. Al lado de la camilla estaban mis padres, quienes sonreían cada vez que los miraba. Sabía que algo andaba mal porque a pesar de las sonrisas sus caras reflejaban preocupación, tal vez ver que fruncían el ceño, indicaba que estaban preocupados.

Todo lo anterior era de esperarse puesto que su pequeña hija estaba acostada en una camilla desde hacía más de diez días. Los médicos no sabían qué me pasaba y al ver que no mejoraba con ninguno de los medicamentos, se había tomado la decisión de que si no mejoraba en los próximos días tenía que ser trasladada a Bogotá por posible caso de meningitis.

Mi familia vivía una situación muy tensa pues según relatan no soportaban verme llorar y pedirles ayuda, ya que luego de tantas inyecciones y sacadas de sangre, los enfermeros no podían encontrar mis venas.

Según mi padre, esos habían sido los días más dolorosos de su vida pues no soportaba la idea de que me llevaran a Bogotá porque eso significaba que estaba muy grave y que no me podría ver por un tiempo debido a que tenía que estar en el trabajo. Además me cuenta que cuando me quedaba dormida, trataba de consolar a mi madre y en más de una ocasión había derramado unas cuantas lágrimas.

Afortunadamente luego de cuatro días en la clínica mejoré de repente y sin ninguna explicación médica. Por lo tanto, a pesar de que nadie supiera el diagnóstico no tuve que ser trasladada. Fue una situación muy extraña; sin embargo mi madre la atribuye al hecho de que toda mi familia rezaba día tras día y le pedía a sus amigos que hicieran lo mismo.

Es así como una extraña enfermedad logró generar sentimientos de dolor, incertidumbre y nerviosismo no sólo a mí, sino también a mis padres, familiares y médicos; todos querían lo mejor para una pequeña niña de cuatro años.